

## *La filantropía de Middlemarch: el poder de la generosidad*

ANTONIO SÁENZ DE MIERA\*

O curre a menudo que cuando descubrimos una obra maestra, una película, una pintura, una representación teatral, una novela, como para mí es el caso en estos días, todo lo que gira a nuestro alrededor acaba por tener una estrecha y, a veces desconcertante, vinculación con lo que estamos leyendo o acabamos de leer hace poco tiempo. No había leído *Middlemarch* de Georges Eliot, y ahora me reprocho no haberlo hecho antes. *Middlemarch* es mucho más que una “inmensa e intrincada representación de una sociedad de provincias situada en un pasado reciente”, como nos recuerda Harold Bloom;

pero no es mi propósito aquí expresar mi admiración por esta gran novela, y aun menos hacer un análisis literario para el cual no me siento capacitado. Empezaba por recordar esas múltiples relaciones que aparecen en las obras que con el paso del tiempo adquieren el nombre de “clásicos”, como diría Calvino, esa obra que no termina por decirnos todo lo que lleva dentro de sí, en cada lectura encontramos cosas nuevas, en cada época consigue una valoración distinta, renovada. Pero me estoy alejando de lo que quería decir y que tiene que ver con mi propia experiencia de lector. A mí, que llevo tantos años reflexionando y actuando en el mundo de

\* Presidente del Centro de Fundaciones.

las fundaciones, me llamó poderosamente la atención la afilada descripción que del banquero Bulstrode y de sus iniciativas de beneficencia hace el narrador. Advierto que este no es el tema esencial en la novela de Eliot ni mucho menos, pero sí una parte significativa de ese espeso y complejo tejido de relaciones que es el que da el retrato completo de la “vida provinciana” en este imaginario (o no tanto) condado inglés. El bisturí fino de Eliot consigue desvelar en unos breves párrafos el origen, el carácter, las motivaciones de una situación y de un personaje que forma parte del universo de la novela, pero que también, en ese extraño juego de relaciones que el lector de hoy o de cualquier época hace, deviene en un cuadro humano que trasciende la ficción de lo contado, que, en su trasfondo, revela una realidad que se mantiene, con unos matices o con otros, intacta con el paso del tiempo. Y aquí es donde empieza la reflexión que me hice y que propongo al lector; una reflexión que nace de mi experiencia en el mundo de las fundaciones españolas.

Así pues, inmerso en el intrincado tejido humano de *Middlemarch*, tuve oportunidad de conocer, un conocimiento fugaz pero intenso y preciso, al señor Bulstrode al comenzar a leer el capítulo XVI: “El poder del señor Bulstrode no obedecía simplemente al hecho de ser un banquero rural conocedor de los secretos financieros de la mayoría de los comerciantes de la ciudad y con potestad para tocar las fuentes de su crédito; estaba reforzado por una magnanimidad presta y severa a un tiempo; presta a conceder favores y severa en la observación de resultados. Había acaparado, como suelen hacer en sus puestos los hombres industriales, una parte mayoritaria en la administración de las instituciones benéficas de la ciudad y sus caridades privadas eran tanto diminutas como abundantes (...) Esta es la forma en la que un hombre va acumulando poder, sobre las esperanzas y los temores de sus vecinos, así como la gratitud de éstos, y el poder, una vez se infiltra en esa sutil región, se

propaga, extendiéndose fuera de toda proporción a sus medios externos. Era un principio para el señor Bulstrode el adquirir el máximo poder posible, a fin de poderlo emplear para gloria de Dios. Pasaba por grandes conflictos espirituales y discusiones consigo mismo para ajustar sus motivos y clarificarse a sí mismo qué era lo que quería la gloria de Dios. Pero, como ya hemos visto, no siempre se apreciaban correctamente sus motivos. Muchas eran las mentes obtusas de Middlemarch, cuyas balanzas reflexivas sólo podían pesar las cosas a bulto y estas tenían la fuerte sospecha de que puesto que el señor Bulstrode, con lo poco que comía y bebía, y las preocupaciones que tenía, no disfrutaba como ellos de la vida, la sensación de dominio debía proporcionarle una especie de festín de vampiro” (págs. 236-237, edi. Cátedra 1993).

No podía dejar de hacer una cita tan extensa pues lo cierto es que la buena literatura no puede contarse ni explicarse, sólo recomendar su lectura. Este personaje del banquero y su historia ocupan un pequeño lugar en la novela, lo digo por el posible interés que haya podido suscitar esta breve referencia sobre quien todavía no se haya acercado a esta obra maestra de la literatura inglesa. En la irónica y clarividente descripción del narrador se nos aparece un tipo humano muy peculiar: disfruta con el poder que obtiene a través de sus acciones de beneficencia o filantrópicas, juega de forma sutil y taimada con un material muy sensible como es “*las esperanzas y los temores de la gente*”. Lo cierto es que normalmente las pasiones humanas no cristalizan, o no somos capaces de percibirlas, de una forma tan pura, incontaminada. El señor Bulstrode se alimenta del poder cual un vampiro; el poder adquiere un valor en sí mismo. El poder, en este caso, no sirve para mejorar las condiciones sociales de la gente sino justo al contrario. El tal Bulstrode vive y actúa en el condado de Middlemarch, no sé si es el nombre de un territorio real o inventado, pero representa a un tipo humano

que se puede identificar a través del tiempo en todas las culturas y, con matices diversos, en todas las clases sociales. Mandenville propuso aquel principio, tan descreído de la bondad humana, que decía que los vicios privados hacían la prosperidad pública, pues bien algo más siniestro y moralmente, si es que se puede decir así, *más* inaceptable contemplamos en la figura de este banquero que utiliza la generosidad para paladear el poder, como satisfacción personal.

No hay nada que pueda ser tan frágil, en algunos casos y en algunos momentos, como el sentido moral, como los valores de la generosidad o la solidaridad, y tan fuerte, en otros casos y en otros momentos. Y creo que las fundaciones reflejan como pocas instituciones ese complejo nivel de ambivalencia que, si profundizamos un poco, descubrimos en el ser humano; donde encontramos lo mejor de nosotros mismos siempre nos queda la duda, la eterna duda, porque no dejamos de sospechar que detrás de una acción virtuosa se pueda ocultar un error o un remordimiento. Tal vez sea esta una de las razones que expliquen su persistencia a lo largo del tiempo y su extraordinario crecimiento en estos tiempos de cambios tan rápidos, en estos tiempos de crisis. Las fundaciones nacen como fruto de un desprendimiento, como un acto de generosidad, y, sin embargo, ese desprendimiento parece que no termina por ser completo. Esto es así, y habremos de pensar que siempre será así, porque sabemos que la naturaleza humana es contradictoria, imperfecta. La pasión pura por el poder que nos describe Eliot en la figura de este banquero, pudiera convertirse en una poderosa tentación, en un atractivo y perverso aliciente no confesado para las personas que gobiernan o dirigen estas instituciones tan frágiles y tan fuertes a la vez, permítaseme decirlo de forma tan paradójica.

A veces es muy difícil, si no imposible, separar las virtudes de los vicios humanos, a veces van

tan mezclados, tan disueltos, que no es posible distinguir lo negro de lo blanco. La generosidad, la vanidad, el amor propio, el impulso solidario, la piedad, el egoísmo, todo ello se confunde con frecuencia en los actos humanos. Y no llegamos a distinguir con claridad los motivos que nos impulsan a hacer lo que hacemos, porque no sabemos o porque no queremos, o una mezcla de ambas cosas, quién lo sabe. Esto es así y seguramente con ello habremos de convivir siempre, aunque no podamos ni debamos sentirnos nunca satisfechos.

Lo que a mí me preocupa es que la naturaleza de las fundaciones responda a su auténtica razón de ser, el bien público y el servicio de la sociedad; lo que me preocupa es que esa tentación de abuso de poder que Eliot describe en las iniciativas filantrópicas del banquero de *Middlemarch* pudiese llegar a contaminar las iniciativas sociales de nuestro tiempo, ahora que son tan necesarias, ahora que las expectativas y los retos del mundo fundacional son mayores, porque es verdad que se necesitan, pero eso no les da una *patente de corso*. Debiéramos empeñarnos en lograr que la estética y la ética convivan lo más armoniosamente que se pueda en estas instituciones, que la generosidad y el desprendimiento, su verdadero fundamento, dominen sobre los hipotéticos deseos de poder o de influencia. Esta preocupación, compartida con muchos, es en sí misma un signo de madurez y de responsabilidad, pero creo que hay que tratar de convertirla en algo más, debe servir para recordarnos que hemos de mantener viva la reflexión sobre cuáles deben ser los márgenes en los que deben actuar estas instituciones, y, también, para tratar de mostrar una vinculación transparente entre el “qué” y el “cómo” de cada institución en cada una de las actividades que realiza.

Desde hace ya mucho tiempo la crítica que se hace de las fundaciones tiene que ver con cuestiones fiscales; es una crítica que responde a una inercia, que obedece a una desconfianza

casi podríamos decir que atávica “el hombre es un lobo para el hombre”, o “nadie hace nada por nadie si no hay por medio intereses poco confesables”. Estoy convencido de que esta desconfianza no desaparecerá nunca, pero creo que, hoy por hoy, queda muy lejos del análisis y de la crítica (autocrítica) que necesita y merece el crecimiento y la vitalidad de las fundaciones de nuestros días. En mi opinión, la atención preferente de nuestro tiempo habría de centrarse más en los problemas que suscita el poder (el poder, en abstracto) que en los asuntos de la fiscalidad pura y dura (aunque ésta, en el fondo, también refleje una cuestión de poder, pero en este caso de poder político, pero esto sería asunto para otro artículo). No creo que, en las condiciones legales que existen en nuestro país, se creen fundaciones con el propósito de evadir impuestos. Más debiéramos preocuparnos todos, creo yo, por el hecho nada deseable de que pudieran crearse (o utilizarse las que ya existen) con el único objeto de lograr mayores niveles de poder o de influencia. Este sí que parece un riesgo y un peligro extremadamente grave, ante el que todos los que nos movemos en el mundo de las fundaciones deberíamos adoptar una actitud vigilante y rigurosa. Entre otras razones, porque, con todas las limitaciones que se quieran, tengo la convicción de que las fundaciones, como parte de ese amplio y rico espacio que llamamos tercer sector, son y representan la esperanza razonable de sociedades más libres, más justas, más civilizadas... Y sabemos que una esperanza social de este calibre tiene su doloroso contrapunto en la permanente educación moral de sus protagonistas.

Después de más de veinticinco años vinculado de una o de otra forma al mundo de las fundaciones españolas, no es raro que lea *Middlemarch* y acabe pensando en estas instituciones al encontrar un preciso y revelador retrato que muestra los peligros y las debilidades en las que no debemos caer. Y aquí, valdría insistir, no sólo por razones éticas, que

son las únicas que de verdad valen, sino, para el que carezca de ella, por razones prácticas: al final, el equívoco acaba por descubrirse, acaba pagándose, y el instrumento del que nos servimos para conseguir poder o influencia se muestra ineficaz porque no nació para eso.

Me permito decir todas estas cosas porque creo en las fundaciones, y cualquier desvirtuación o mal uso de las mismas en este sentido me parecería muy grave por su indudable valor público. He insistido aquí y allá, donde me lo han pedido o donde he tenido ocasión, sobre el valor y la potencialidad de las fundaciones en los tiempos que corren. Es cierto que todavía existen reticencias o recelos que ya no tienen fundamento. Sin embargo, la ejecutoria, en algunos casos excelente, de las fundaciones españolas de hoy es el mejor aval, el mejor argumento para diluir la desconfianza posible, y su auténtica garantía de futuro. Las condiciones jurídicas son todavía insuficientes, no nos cansaremos de insistir en ello, no responden a la situación actual de las fundaciones, y, mucho menos, a su deseable desarrollo futuro. Y todo ello requiere, por nuestra parte (es decir, por parte de las fundaciones), a mi modo de ver, un esfuerzo permanente para explicar a la sociedad y al poder político con argumentos y con hechos el valor real de su actividad. El tiempo está del lado de las fundaciones, y los argumentos, cada vez más sólidos, también. No obstante, además de todo esto, creo que es el momento de que, para fortalecer su crecimiento, los patronos y directivos de las fundaciones se procuren las fórmulas o mecanismos más eficaces de autocrítica y autocontrol. Porque es enorme el daño que para el conjunto de las fundaciones representa una mala o inadecuada utilización de una institución que tiene por objeto realizar una actividad de interés general. Estas son palabras mayores que debemos cuidar y proteger, incluso de nosotros mismos.